

Cuba increíble

Cuba es increíble. Su bandera tiene los mismos colores, rayas y estrella, como la norteamericana. Y su trago nacional (y frase célebre), se llama, nada menos, Cuba Libre. Paradojas de esta isla. Cuba es increíble, pero real.

Texto y fotos: Alina Mayor

“Eso no hay”

Nada abunda en Cuba. No es fácil conseguir apósitos cuando uno se lastima, comprar un chocolatín después de comer, ni encontrar un cybercafé para chequear los mails. Simplemente, porque no hay.

“Salir de shopping” es prácticamente imposible (no hay qué comprar) y, además, las tarjetas de crédito emitidas por bancos norteamericanos carecen de valor.

Gran paradoja: las frutas, en la isla tropical, son importadas de otros países. En los hoteles, sólo se ofrece lo básico (una sola toalla, un solo jaboncito y, por supuesto, nada de almohadas extra). En Cuba no existen los lujos.

En la playa venden artesanías. El regateo está a la orden del día pero, por supuesto, en voz baja.

Cubanos dixit

Los cubanos tienen ganas de hablar. Explican, opinan, dicen. Y se contradicen: *“Esta bella isla es una cárcel, pero estoy a favor de la revolución”*, escuché, atónita, recién bajada del avión. *“Cuba es libre. Cuba es lindo. Es el mejor país del mundo”*, me explicaba una señora, mientras me pedía *“pasta de dientes, que no tenemos; un boli (bolígrafo) para mi niñito; algo de jabón, que tengo que lavar la ropa; dame otro boli por favor, que tienes tantos; tu camiseta, para mi niñita, quitate tu camiseta o tu calzado...”*. Por su parte, el profesor de salsa del hotel circulaba orgulloso repitiendo que se llamaba Ernesto, “por el Che, por Ernesto Che Guevara”. Bella y cárcel; mejor país del mundo, pero sin pasta de dientes... Aquí, algo falla.

Una sociedad sin clases

En Cuba no hay racismo, y las clases sociales no existen. Sencillamente, porque no hay una clase alta. Sí hay muchas razas, y una gran mezcla de rasgos interesantes, como negros de ojos bien claros, o chiquitos rubios de pelo mota. Es gente pobre, de mirada brillante. Es gente rica.

Los “lujos”, para los turistas

Mis hoteles en la isla no tenían secador de pelo. Y tampoco había control remoto para la televisión. De todos modos, los canales son muy pocos. Para los cubanos, hay solamente dos: el del gobierno y el de su provincia. Pedir edulcorante para el café fue una misión imposible. La tostadora del desayuno hubiera estado más cómoda en un museo de antigüedades. Nadie repone en el baño el jabón que se acaba.

“Recorra la zona en bicicleta”, tentaban los carteles en el lobby del hotel. Lo intentamos, pero nosotros éramos cinco; y las bicis, sólo dos.



Racionar, ésa es la consigna

En Cuba no existe el desempleo. Hay plena ocupación y, paradójicamente, nadie trabaja. “Es que el Estado tiene la obligación de darnos un trabajo”, explicaba nuestro chofer, René. Los sueldos oscilan entre los cuatro y los doce dólares mensuales, y la libreta de racionamiento no ha quedado en el olvido. Sólo los niños y los ancianos tienen suerte: pueden comer dos huevos al mes. Claro está que hay un mercado negro de alimentos “liberados” aptos para los pocos que, con propinas del turismo, pueden acceder a ciertos lujos, como unos litros extra de leche. Por eso (sospechamos), el aire acondicionado, la televisión, la ducha, todo se fue “rompiendo” durante nuestra estadía. Una llamada a recepción, un muchacho alegre que viene a solucionar el problema, y dos dólares al bolsillo... Ganan por día más de lo que los médicos juntan en todo el mes. Las jineteras (prostitutas) son otro de los grupos bien pagos.

Un pasaporte sin manchas

La visa para entrar y salir de la isla es algo particular. No es un sello ni un autoadhesivo que se pega en el pasaporte. Es un papel timbrado, con forma de pasaje de avión, suelto. Volviendo para Buenos Aires, en La Habana, pregunté en Migraciones por qué se usaba un visado tan incómodo, que a cada rato tenía la sensación de estar perdiendo. *“Es para no sellarles nada, y así no manchar sus pasaportes”*. Palabras textuales del oficial cubano.



Horarios que no existen, palabras que no se cumplen

Nadie cumple con lo que dice. Pedir una frazada de más en el hotel puede convertirse en una eterna espera hasta la fecha de partida. Unos pasajes a Jamaica, "mañanita le entrego todo", obviamente quedaron suspendidos. Y un tour contratado al guardavidas de la playa implicó esperar dos horas por reloj a una gua-gua (bus) que nunca vino a buscarnos. Habíamos pagado una excursión a Camagüey, con guía, conductor y hasta un historiador. Pero el guardavidas fue descubierto, y terminamos yendo por Cubanacán (la agencia oficial).

La impuntualidad lo rige todo. Al pedir un taxi, por ejemplo, jugábamos dos o tres partidas de canasta mientras esperábamos en recepción. El taxímetro es decorativo: todo se arregla de antemano con el chofer. Ellos, los locales, hacen dedo (auto-stop o "coger botella", dicho en cubano). Son tan geniales, que hay inspectores estatales que lo regulan. Niños y embarazadas se suben primero, más allá de las preferencias del amable señor que frena. En La Habana las autopistas superan los ocho carriles. Pero, por la escasez, no hay autos. Sí hay muchísimo tránsito de bicicletas (que el gobierno intercambió con China, entregando azúcar). Los buses "camello" fueron ideados para ahorrar combustible: con capacidad para 320 pasajeros, se suben hasta 500.

A fin de año, la tarea de las vacaciones consiste en borrar el cuaderno, con cuidado, para volver a usarlo en el curso siguiente. Ni reciclaje ni ahorro, pobreza.

Contrasentidos del aerosol

Salvo carteles gigantes que gritan "Vamos bien", no existe la publicidad en la vía pública. En Cuba hay descontento, pero nadie se atreve a desafiar al régimen. Y se siguen grafitando paredes y medianeras con "Aguante Fidel", "Nadie puede quitarnos las esperanzas", "Revolución somos todos". "Patria o muerte" inunda las autopistas como si fuera un cartel de "Máxima 120 km". En la entrada de Varadero, da la bienvenida una gigantografía que amenaza: "Abajo los imperialistas yankees". Pero Varadero es Miami en Cuba.

Salud deteriorada

En Cuba se jactan de tener uno de los mejores sistemas de salud del mundo, impecables hospitales y biotecnología *for export*. Pero en las farmacias no hay aspirinas, y el alcohol para desinfectar, por poner sólo un ejemplo, es un artículo de los lujos del pasado. Las toallas femeninas, directamente, no existen.



Full comunismo, y nada para hacer

Los chicos visten todos iguales, y el país entero usa el mismo uniforme escolar (camisa blanca, jumper o short bordó, y pequeño pañuelo azul al cuello). Es como ver el comunismo en los libros de Historia. La misma ropa, las mismas casas, monoblocks simétricos y casas destruidas que no han recibido una sola mano de pintura en los últimos cincuenta años (parecen escenografías de cine). Calles angostas y señoras que charlan de vereda a vereda, o gritan desde el balcón, siempre sonrientes. Muchos espían por las rejas de las ventanas. La televisión, constantemente encendida. Ver pasar la vida: ésa es la consigna. Sentarse y mirar. Largos partidos de dominó. Músicos improvisados

que cantan frente a sus vecinos. No hay mucho más que hacer. Y se entretienen con poco.

Paradojas de la isla

Sentimientos encontrados. Sorpresas. Dejarse emocionar. Descubrir. Maravillarse. Ser seducido por esta isla, por su gente, por su belleza. Sensación de libertad. Imagen de encierro. Tristeza. Pena. Esperanza. Aceptación. Resignación. Todo, al mismo tiempo. La contradicción, a la orden del día. Cuba es increíble, pero real. 🇨🇺

